

a este pretendido tribunal, le será muy ventajoso escucharme. Le ruego, pues, que deje para más tarde sus reflexiones sobre mis propósitos, pues sólo dispongo de poco tiempo y tengo que marcharme en seguida.

El silencio se hizo inmediatamente, pues K... era ya dueño de la asamblea. Ya no se gritaba como al principio, ya no se aplaudía y el público parecía convencido o en camino de estarlo.

—No dudemos, señores —prosiguió K... en voz baja, pues se sentía dichoso de gozar de la atención apasionada de la asamblea; había en esa calma una especie de zumbido más excitante que los bravos más ruidosos—. No dudemos, señores, de que detrás de las manifestaciones de esta justicia, detrás de mi detención, por consiguiente, para hablar de mí, y detrás del interrogatorio que se me ha hecho sufrir hoy, se encuentra una gran organización, una organización que no solamente ocupa a inspectores venales, a oficiales y a jueces de instrucción estúpidos, sino que mantiene también a jueces de alto rango, con su indispensable y numeroso cortejo de criados, escribientes, gendarmes y otros auxiliares, quizá inclusive verdugos, y no retrocedo ante la palabra. ¿Y cuál es el sentido, señores, de esa gran organización? Es hacer detener a los inocentes y abrirles proceso sin razón y la mayor parte de las veces —como en mi caso— sin resultado alguno. En medio de la falta de sentido del conjunto de ese sistema, ¿cómo no ha de manifestarse la venalidad de los funcionarios?

“Es imposible, señores, que no quede en evidencia. El juez más grande no podría ocultarla, ni siquiera para sí mismo. Y por eso los inspectores procuran robar los efectos del acusado, y por eso los oficiales se introducen en la casa ajena, y por eso los inocentes se ven deshonrados ante asambleas enteras en vez de ser interrogados normalmente. Los inspectores no me han hablado más que de depósitos en los cuales se coloca lo que pertenece a los acusados; quisiera ver esos depósitos, en los que la propiedad penosamente amasada se pudre sin fruto mientras espera a que la roben los funcionarios criminales”.

K... fué interrumpido por un chillido salido del fondo de la sala; puso su mano sobre los ojos a manera de visera

para poder ver algo, pues la tenue luz del día daba un tono blanquecino a los vapores de la sala e impedía que se viesen bien las cosas. El grito venía del lado de la lavandera, en la que K... había reconocido desde su entrada un gran elemento de desorden. ¿Era culpable esta vez? No se podía dar cuenta de ello. K... veía solamente que un hombre la había llevado a un rincón cerca de la puerta y la oprimía contra su cuerpo. Pero no era ella la que gritaba, sino el hombre, quien tenía la boca abierta de par en par y miraba al techo.

Un pequeño círculo se había formado alrededor de los actores de esa escena y los espectadores de la galería parecían encantados con esta diversión que interrumpía la seriedad que K... había introducido en la asamblea.

K... bajo el golpe de la primera impresión, quería ir inmediatamente a restablecer el orden, pensando en el primer momento que todos le ayudarían por lo menos a arrojar a la pareja de la sala; pero ya en las primeras filas se encontró con personas que no se movieron y que no le dejaron pasar. Por el contrario, se lo impidieron y una mano —no tuvo tiempo de darse vuelta— le agarró por el cuello. Dejó de pensar en la pareja y le pareció que se atentaba contra su libertad y que su detención se hacía verdaderamente seria. Así, de un salto volvió a situarse al pie del estrado. Ahora se encontraba frente a frente de la muchedumbre. ¿Había juzgado mal a los presentes? ¿Había esperado demasiado de su discurso? ¿Habían disimulado mientras hablaba y ahora se quitaban la careta cuando se trataba de llegar a los actos? ¡Qué cabezas veía a su alrededor! Pequeños ojos negros brillaban en la penumbra, las mejillas parecían mejillas de borrachos, las largas barbas eran feas y ralas y cuando se llevaban la mano a ellas era como si arañasen el vacío con sus dedos, pero bajo las barbas —y éste fué el verdadero descubrimiento de K... —insignias de diversos tamaños y de diversos colores brillaban bajo los cuellos de aquella gente. Todos parecían llevar sus insignias, todos formaban parte del mismo clan, tanto los de la derecha como los de la izquierda, y al darse vuelta bruscamente, K... vió también las mismas insignias en el cuello del juez de instrucción, quien, con las manos cruzadas sobre el vientre, contemplaba tranquilamente la sala.